

Jung, Freud, los Nazis y el Ocultismo.

Por Manuel Aceves, psicólogo.

(Artículo publicado originalmente en México, en el periódico Excelsior, en marzo de 1989)

Segunda Parte:

Los Nazis, el antisemitismo y entrevista de Carol Baumann.

Diversos documentos históricos, correspondencia, biografías y memorias, aparecidos durante los últimos años, así como escritos y declaraciones del propio Jung, prueban sin lugar a dudas que éste no fue un colaborador ni un simpatizante de los nazis, ni tampoco un antisemita.

Ensayistas políticos, investigadores y biógrafos, han puesto en claro, así mismo, que su permanencia en la Sociedad Médica General de Psicoterapia —de la que se apoderaron los nazis— favoreció más bien a sus colegas, discípulos y amigos judíos de Alemania. Privados de la nacionalidad por el Nacionalsocialismo triunfante, los judíos hallaron un refugio en esta organización, reformada e internacionalizada por Jung durante su presidencia.

Que tampoco fue un antisemita, lo que han declarado sus discípulos judíos: Erich Neumann, Jolande Jacobi, Gerhard Adler, James Kirsch, Aniela Jaffé, James Hillman, y personajes como Gershom Scholem que, a petición de la doctora Jaffé, escribió, entre otras cosas, lo que sigue:

“(Leo Baeck) estaba convencido de que (Jung) era completamente ajeno a la ideología nacionalsocialista y antisemita”.

Además, en Israel hay una sociedad reconocida de analistas y psiquiatras junguianos.

Jung, sin embargo, cometió el grave error de ponerse a analizar la psique de los arios y de los semitas en plena efervescencia nazi. Y aunque, de hecho, no dijo nada terrible en contra de los judíos, hirió muchas susceptibilidades y provocó grandes resentimientos, sobretodo si se descontextualizaban sus apreciaciones. Pero ya en 1949 advirtió a sus detractores y calumniadores que “ninguna falsa cita, traducción deficiente o rearreglo de lo que he escrito puede alterar mi verdadero punto de vista”. Estos son los puntos más delicados del análisis de Jung:

1.- “El judío, como es relativamente nómada, nunca ha producido, y posiblemente nunca producirá, una cultura propia, puesto que todos sus dones e instintos requieren de un pueblo anfitrión, más o menos civilizado, para su desarrollo...”.

2.- “El inconsciente de los arios tiene un potencial más alto que el de los judíos; esta es la ventaja y desventaja de una juventud que aún no se desprende de la barbarie”.

Pero incluso estas aseveraciones tuvo que modificarlas Jung con motivo de la posterior publicación de los trabajos de Scholem, sobre la Kábala y el Jasidismo. Por el desconocimiento de la lengua hebrea, Jung ignoraba la existencia de esta contribución *original* del pueblo judío de la Diáspora al conocimiento del inconsciente (gnosis), y a la cultura en general.

Por cierto, Jung no incorporó en su obra las técnicas cabalísticas y místicas de los judíos occidentales, sino que éstas se presentaron de manera espontánea e inconsciente en la psicología freudiana de Jacques Lacan y sus discípulos, disfrazada de “análisis estructural del lenguaje”. Es sabido que, para Lacan, “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

Pero si Jung no fue un místico ni un oscurantista, como lo demuestra su enfoque científico de los fenómenos ocultos y, en general, esotéricos o paranormales, ni tampoco un nazi ni un antisemita, ¿cómo hemos de tener la persistencia de semejantes infundios? Justamente como proyecciones psíquicas de sus enemigos sectarios, y que, como tales proyecciones, son susceptibles de analizarse siguiendo el propio método arquetípico junguiano, conocido también como amplificación.

Afirma Jung que, junto a los juicios formados por la inteligencia suelen aparecer en la consciencia opiniones y convicciones que el individuo juraría que están basadas en hechos exteriores, pero que en realidad proceden de complejos interiores. Al asociarse con el yo, los complejos se vuelven conscientes, pero también puede ocurrir que permanezcan incubándose largo tiempo sin ninguna conexión con la consciencia, con lo que dan lugar a las llamadas transferencias, proyecciones, visiones, alucinaciones, ideas delirantes y, también, a los fanatismos más recalcitrantes.

Como se sabe, el fanatismo se da entre los que tienen que reprimir una incertidumbre interior (dudas inconscientes), como en el caso de Saúl, Saulo o Pablo de Tarso, cuyo odio contra los cristianos estaba determinado por su complejo cristiano aún inconsciente.

La visión de Cristo en el camino de Damasco señala el momento en que el complejo inconsciente de Cristo se une al yo de San Pablo, pero como no se reconoce como cristiano lo proyecta en forma de una visión casi objetiva y ajena a sí mismo.

Precisa Jung: “(San Pablo) no podía verse a sí mismo como cristiano; por ello su resistencia contra Cristo lo cegó, y sólo pudo ser curado por un cristiano. La ceguera psicógena, de la que trata en este caso, siempre es, según la experiencia, un no querer ver (inconsciente)”.

Por nuestra cuenta decimos, para recapitular, que otro tanto ocurre con los freudianos, los lacanianos, *et alia*, que, al reducir el inconsciente a puros complejos personales adquiridos, niegan la existencia de un inconsciente colectivo, más vasto y profundo, provocando con ello la activación de sus contenidos arquetípicos, de naturaleza mágica y religiosa. Pero al no ser reconocidos como tales, se proyectan negativamente hacia todos los herejes y cismáticos del freudismo, particularmente contra Jung y sus discípulos, que, por cierto, son los únicos que han dado cabida en su obra científica a estas genuinas manifestaciones del alma humana.

.....

Erich Fromm, quien vivió en México y fundó una escuela de seguidores incondicionales, es el más encarnizado enemigo de Gustav Jung. Su rencorosa pluma rezuma hiel cada vez que lo menciona en sus libros —verdaderos *best-sellers* de una psicología en decadencia—; no sólo lo calumnia y lo rebaja, sino que aún se atreve a desacreditar su obra —la cual, por lo demás, Fromm no conoció, ni en extensión ni en profundidad—. He aquí un ejemplo de su modo de proceder: “Sus simpatías (de Jung) por Hitler y sus teorías raciales son otra expresión de su afinidad con la gente enamorada de la muerte”. ¿Ofrece Fromm alguna prueba de tan escandaloso aserto? Ninguna; sólo presenta el análisis de una supuesta “necrofilia” de Jung. Pues bien, el crítico y poeta norteamericano Robert Hillyer, basándose en rumores e ideas de Fromm, publicó en 1949 en *The Saturday Review of Literature* dos artículos en los que acusa al psicólogo suizo de “Nazi” y “antisemita”, además de formar parte de una conspiración dedicada a preparar un “nuevo autoritarismo” (Fromm). Terrible venganza contra Jung; su imagen jamás se repuso de este siniestro y resentido ataque. Pero Fromm se convirtió en el psicólogo de moda, en el “experto” en religiones, mitos y cuentos de hadas, y hasta en “orientalista”. Una simpatizante de Jung, la periodista Carol Baumann, viajó entonces a Zurich y obtuvo la presente entrevista, en la que, sin saberlo, responde Jung a las difamaciones de Fromm, quien por otra parte se establecía en esta tierra de promisión e implantaba su propia psi-

cológia, la cual representa, a no dudar, un retroceso respecto de la psicología junguiana, y aún de la que dice haber superado, esto es, la de Freud. La traducción se debe a José Agustín.

Manuel Aceves.

Jung, Erich Fromm y los Nazis.

Entrevista con el filósofo suizo.

por Carol Baumann

El doctor Jung me recibió en su jardín de Kusunacht, y nos sentamos a una mesa redonda, bajo la sombra de un anillo de grandes árboles. De antemano yo había enviado al doctor Jung una lista de las citas que se habían utilizado en su contra, y él las repasó una vez más.

— Cuando la gente llega a conclusiones falsas, con frecuencia se aferra a sus prejuicios. No es muy útil responder a personas empeñadas en mal entender. Pues no les interesa la verdad objetiva.

— Sí, profesor, pero muchos lectores se hayan confundidos por este escándalo. ¿No sería usted tan amable de responder unas cuantas preguntas sobre las acusaciones más importantes que se le hacen, a fin de que su punto de vista quede claro para aquellos que estén verdaderamente interesados en la verdad?

— Para cualquiera que haya leído mis libros debería estar claro que yo nunca he sido simpatizante Nazi ni antisemita, y ninguna falsa cita, traducción deficiente o re-arreglo de lo que he escrito puede alterar mi verdadero punto de vista. Casi todos estos pasajes han sido alterados, ya sea por malicia o por ignorancia. Además, mis relaciones amistosas con un gran grupo de colegas y pacientes judíos de por sí descalifica la acusación de antisemitismo. Veamos la cita descontextualizada más importante: “El judío es relativamente nómada, nunca ha tenido ni nunca tendrá una cultura propia... el inconsciente de los arios es mucho más rico que el de los judíos”. Estas frases deficientemente traducidas se tomaron de mi ponencia titulada “Sobre la situación actual de la psicoterapia”, que apareció en el *Zentralblatt für Psychotherapie* “Vol. 7, núms. 1 y 2”. Una extensa discusión de los puntos de vista de esta ponencia aparece en el ensayo del doctor Ernest Harms: “Carl Gustav Jung, defensor de Freud y los judíos” (*Psychiatric Quarterly*, abril de 1946). A fin de evaluar el significado de estas frases cuestionables, le daré a usted el contexto completo en que aparecen:

“Como constituyen una cultura el doble de antigua, los judíos son notablemente más conscientes de las debilidades e inferioridades del ser humano y, por tanto, en ese respecto, mucho menos vulnerables que nosotros. A su experiencia como antigua cultura también deben la habilidad de poder vivir conscientemente en términos benevolentes, amistosos y tolerantes con sus propios defectos. Nosotros, en cambio, somos demasiado jóvenes para dejar de tener ilusiones... El judío, como es miembro de una raza cuya cultura tiene unos 3,000 años de edad, al igual que el chino culto, es consciente de áreas más amplias que nosotros... *el judío, como es relativamente nómada, nunca ha producido, y posiblemente nunca producirá, una cultura propia, puesto que todos sus dones e instintos requieren de un pueblo anfitrión más o menos civilizado por su desarrollo.* Por tanto, la raza judía en general tiene, de acuerdo a mi experiencia, un inconsciente que sólo condicionalmente puede compararse con el ario. Fuera de ciertos individuos creativos, el judío común y corriente ya es demasiado consciente y diferenciado, y no puede preñarse de las tensiones de un futuro que no ha nacido. *El inconsciente de los arios tiene un potencial más alto que el de los judíos; esta es la ventaja y desventaja de una juventud que aún no se desprende de la barbarie.*

Ya que este artículo se imprimiría en Alemania (en 1934) tuve que escribirlo en una forma un tanto velada, mas para cualquiera en sus sentidos el significado debería ser claro. Yo tenía que ayudar a esa gente. Tenía que quedar claro que yo, ario fuera de Alemania, estaba por un enfoque científico a la psicoterapia. ¡Esta era la cuestión! No veo nada en lo más mínimo antisemita en este planteamiento. En el fondo, simplemente se trata de una valuación de ciertas diferencias psicológicas, y de hecho es halagador para los judíos señalar que, en general, son más conscientes y diferenciados que el ario común y corriente, que ha permanecido cercano a la barbarie.

— El señor Hillyer afirma que en 1936 usted dijo, doctor Jung, que “*el nuevo orden de Hitler en Alemania pareciera ofrecer la única esperanza de Europa*”.

— En el otoño de 1936, muchos estadounidenses me preguntaron qué pensaba yo de Hitler y de sus ideas, y yo siempre expresé preocupación *por el futuro de Europa*. No es verdad que alguna vez yo haya admirado a Hitler. Sin embargo, en los primeros años, antes de que el demonio del poder finalmente lo dominara, Hitler produjo muchas reformas y, en cierto grado, sirvió constructivamente al pueblo alemán. Yo pude haber dicho algo de ese tipo, así como hablé de los peligros que se avecinaban, de los cuales ya había escrito. ¡Si yo asiento un hecho histórico, la gente inmediatamente salta a la conclusión de que esto implica admiración! ¡Que burla! Toda la obra de mi vida está basada en la

psicología del individuo, en su responsabilidad hacía sí mismo y hacia su medio. Los movimientos de masas se tragan, al por mayor, a los individuos, y el individuo que así pierde su identidad también pierde el alma. Este fenómeno, tan común, ha poco menos que destruido nuestra civilización, y el peligro por ningún motivo ha cesado.

“Hitler se volvió vocero de todas las subcorrientes que hervían en el pueblo alemán”. Esto lo expresa muy bien la conocida sentencia de que Hitler siguió su intuición con la falsa “seguridad y exactitud de un sonámbulo”... hasta que llegó al borde del precipicio, del cual ya no había escape. En mi ensayo “*Wotan*” describí cómo el viejo dios del viento constituía una imagen muy adecuada de la fuerza que atrapó al pueblo alemán, y que removió un pasado bárbaro enterrado hacía mucho tiempo. Yo escribí este ensayo en 1936 como advertencia para aquellos que pudiesen comprender sus implicaciones. Cuando el inconsciente de todo un pueblo se agita a tal punto, y no hay un líder consciente y responsable que canalice las fuerzas liberadas, entonces el diablo toma control y las fuerzas destructivas se desembocan hacia su propia aniquilación, pero sólo después de haber medio destruido el mundo a su alrededor. Esta es la tragedia.

“Todo aquel que se tome la molestia de leer lo que escribí, tanto antes como durante la guerra, encontrará mis verdaderos puntos de vista acerca de la psicología de las masas y sus peligros, pero mis advertencias no fueron escuchadas”.

— ¿Puede usted decir algo, doctor Jung, acerca del trabajo de sus seguidores judíos?

— Hay numerosas evidencias de su colaboración conmigo. El doctor Gerhard Adler, en Londres, continuamente me ha defendido de la acusación de antisemitismo. El doctor Ernest Harms, con grandes esfuerzos reconstruyó la verdadera historia de mi conexión con la *Zentralblatt*. Él, por cierto, estudió tanto a Freud como a mí, pero no se considera de ninguna de las dos escuelas. El doctor Erich Neumann, de Tel Aviv, ha escrito varios libros basados en el estudio de mis puntos de vista psicológicos. Hay muchos más que podría mencionar y, como se sabe, hay un grupo numeroso de discípulos judíos aquí en Zurich.

— El hecho de que usted aceptara ser director de *Zentralblatt für Psychotherapie* y la presidencia honoraria de la *Sociedad Internacional de la Psicoterapia* en 1933, ha influenciado notablemente a los estadounidenses en contra suya. ¿Podría usted decir algo acerca de esto?

— Una revisión objetiva de este periodo crítico en la historia de la psicoterapia europea, y los motivos que me llevaron a tratar de salvar una organización científica internacional, como ya he dicho, fue escrita por el doctor Harms. Yo sólo puedo añadir poco a lo que él escribió. Sin embargo, puedo recapitular que cuando yo, como suizo, acepté esta posición, fue con el fin de preservar un espíritu de cooperación científica entre todos los doctores europeos ante el antisemitismo Nazi que entonces empezaba a alzar cabeza. Era imposible luchar abiertamente contra la intolerancia Nazi sin que peligrara la posición de todos los doctores alemanes, y de los judíos alemanes en particular.

Durante esa época fatal, los Nazis hicieron un juego doble con mi nombre. Por una parte, yo me hallaba en la lista negra, a causa de varios de mis escritos, que ellos no podían soportar, como, por ejemplo, mi conferencia sobre la “*Teoría de los complejos*”, que ofrecí en Bad Nauheim, en mayo de 1934; en ella le rendí tributo a Freud. Más tarde aún, mi editor suizo recibió noticias de que mis libros habían sido prohibidos y destruidos. Por otra parte, a los Nazis le agradaba mucho publicar mi nombre como una de sus conquistas suizas, cuando trataban de levantar su meguante reputación ante los ojos del mundo. Muchos rumores falsos y conflictivos circularon sobre mí: que yo era judío, que yo era el doctor de Hitler, etc., etc.. El hecho de que mi nombre se asociara con el de Goering en el consejo editorial de la *Zentralblatt*, por supuesto me colocó en una posición cada vez más falsa, especialmente cuando él publicó su famoso pronunciamiento sobre “*Mi Lucha*”. Este texto se incluyó en la *Zentralblatt* sin mi consentimiento.

La tarea que yo había aceptado, la preservación de una sociedad internacional no política, finalmente se volvió una carga demasiado pesada, y en realidad en una empresa imposible. En tanto, traté de cumplir con mi deber en este respecto como cualquier otro hombre decente habría hecho en mi lugar. Varias veces me quise retirar, pero los representantes ingleses y holandeses me hicieron una petición urgente, suplicándome “que me quedara, en beneficio de toda la organización”, y me quedé. No se debe abandonar a quien se encuentra en un agujero. Fue muy útil para mucha gente que yo permaneciera en ese puesto. Se podría decir que un tonto idealismo hizo que yo aguantara, pero me parecía injusto dejar en las astas del toro a toda la gente que se adhería a mí. Mi posición era: no soy la rata que abandona el barco, así es que no renuncié hasta fines de 1939, cuando empezó la guerra y yo ya no era de utilidad. Entonces todas las comunicaciones internacionales se interrumpieron.

Puedo añadir que en 1941 di una conferencia ante un grupo de psicoterapeutas suizos, titulada “*Psicoterapia hoy día*”, en la cual condené al Estado totalitario en un momento en

que las victoriosas divisiones *Panzer* estaban apenas a 100 kilómetros, y después supe que los Nazis planeaban acabar conmigo si es que decidían cruzar la frontera suiza.

Traducción de José Agustín.

.....Fin.....